

COLECCIÓN - ARIEL

Epitomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

Número 35

San José, Costa Rica, C. A.

Junio, 1913

SUMARIO

Leonidas Andrieief . . .	<i>Érase una vez...</i>
Azorín	<i>La revisión de los clásicos.</i>
Autores diversos . . .	<i>Poesías francesas.</i>
Anatolio France . . .	<i>Edmée o la caridad bien entendida.</i>
Alberto Masferrer . . .	<i>La tierra para todos.</i>
Alejandro de Tralles . .	<i>Sabias Margaritas en la casa del viejo Fausto.</i>

Érase una vez... *

por LEONIDAS ANDRIEIEF

LORENZO Petrovich Kochevierof, comerciante rico y soltero, llegó a Moscú para que los médicos le viesen, y como la enfermedad que padecía era interesante, le admitieron en seguida en la clínica universitaria.

* De LA LECTURA de Madrid. Traducido directamente del ruso por Julián Juderías.

Así que llegó a ella, dejó el baúl y la pelliza en la portería y subió al primer piso donde estaban las salas. Allí le despojaron de su traje de paño negro y de la ropa blanca que llevaba puesta, y le entregaron la bata gris reglamentaria, otra ropa interior con las iniciales de la sala octava y un par de zapatillas. La camisa le venía estrecha y la hermana fue en busca de otra.

—Es usted tan grueso y tan alto!—exclamó al salir del cuarto del baño en donde se verificaba el cambio de prendas.

Lorenzo Petrovich, medio desnudo, esperó con paciencia y respeto, e inclinando la calva cabeza contempló atentamente su ancho pecho, flácido como el de una mujer caduca, y el hinchado vientre que descansaba en las rodillas, y aunque tenía costumbre de ir al baño los sábados y de verse desnudo, su cuerpo le pareció nuevo, y, no sólo nuevo, sino miserable y enfermo a pesar de la aparente robustez. Es más: desde que le quitaron sus ropas toda su persona le pareció distinta, como si no le perteneciese, y se sintió propicio a obedecer ciegamente cuanto le mandasen. Volvió la hermana con la ropa, y aun cuando Lorenzo Petrovich tenía fuerzas bastantes para levantarla con el

dedo meñique, consintió que le vistiese e introdujo torpemente la cabeza en la camisa que, enrollada, le presentaba. Con la misma respetuosa torpeza aguardó que la hermana anudase los cordones del cuello y después marchó detrás de ella hacia la sala. Y andaba poniendo los enormes pies con ese cuidado y esa indecisión que suelen tener los niños cuando los mayores los llevan a algún sitio que no conocen... tal vez para castigarles. A pesar de todo, la camisa le seguía molestando en los hombros y no le dejaba andar con soltura; pero no se atrevió a manifestárselo a la hermana a pesar de que en Saratof con sólo una mirada hacía temblar a una docena de personas.

—Aquí tiene usted su sitio—dijo la hermana, señalando una cama muy limpia y una mesita próxima a ella.

Era muy pequeño el sitio, no era más que un rincón de la sala; pero, por eso mismo, le agradó a aquel hombre hartado ya de la vida. Apresuradamente, como si huyese de un peligro, Lorenzo Petrovich se despojó de la bata y de las zapatillas y se acostó. Y desde aquel momento todo cuanto aquella misma mañana le servía de molestia y le causaba ira se alejó de su espíritu y fué

cosa ajena y sin importancia. Con la memoria repasó, rápidamente como en un relámpago los últimos sucesos de su vida: su enfermedad implacable, que le restaba fuerzas cada día; su soledad en medio de codiciosos parientes en una atmósfera de mentira, de odio y de terror; su huida a Moscú... y también este último acontecimiento se le olvidó de pronto y no dejó en el alma sino un dolor sordo que iba amortiguándose. Sin ideas, con la grata sensación de la ropa limpia y del descanso, Lorenzo Petrovich quedó sumido en un sueño profundo. Lo último que acertaron a ver sus entreabiertos ojos fueron las blancas paredes y un rayo de sol, y luego comenzaron las largas horas de completo olvido.

Al día siguiente en la cabecera de la cama de Lorenzo Petrovich apareció sobre una tablilla negra una inscripción que rezaba: «Lorenzo Petrovich Kochevierof, comerciante, de cincuenta y dos años de edad, ingresó el 25 de Febrero». Idénticas tablillas y análogas inscripciones se veían en las camas de los otros dos enfermos alojados en la sala octava; en una de ellas se leía: «Felipe Speranski, diácono, de cincuenta años de edad», y en la otra: «Constantino

Torbezki, estudiante, de veintitrés años». Las blancas letras de aquellas inscripciones se destacaban elegantes, pero sombrías, sobre el negro fondo, y cuando los enfermos descansaban, con los ojos cerrados, seguían hablando de ellos y recordaban en cierto modo los letreros de las lápidas fúnebres que indican al transeunte que un ser humano está enterrado allí. El mismo día pesaron a Lorenzo Petrovich, resultando que pesaba seis pudos y veinticuatro libras. Al decir esta cifra, el practicante se sonrió y dijo en tono de chanza:

—Es usted el hombre más pesado de la clínica.

El practicante era joven y hablaba y se conducía como si fuera médico, porque sólo por casualidad no llegó a terminar la carrera. Esperaba que la contestación del enfermo fuera una sonrisa, como la que solía dibujarse en los labios de los enfermos, incluso de los más graves, cuando les daban bromas los médicos; pero Lorenzo Petrovich no se sonrió ni dijo una palabra. Los hinchados ojos miraron al suelo, y los macizos músculos, cubiertos de grisáceo vello, estaban tensos como si fueran de hierro. Al practicante, que aguardaba una respues-

ta, le causó disgusto su actitud, y como desde hacía bastante tiempo se ocupaba a ratos en estudios fisionómicos, y a juzgar por la ancha calva mate incluyó al comerciante en la categoría de los hombres bondadosos, lo trasladó inmediatamente a la de los perversos. Así y todo, no dando crédito a sus observaciones, el practicante—se llamaba Iván Ivanovich—resolvió pedir al comerciante un papel escrito de su puño para poder dictaminar con más exactitud, en vista del carácter de su letra, acerca de sus cualidades morales.

Poco después de pesarle, Lorenzo Petrovich fué reconocido por los médicos. Iban éstos vestidos con largas blusas blancas que les daban aspecto de seriedad extraordinaria. Y después, todos los días, uno de ellos le visitaba ya fuera solo o en compañía de los estudiantes. Por indicación de los médicos, Lorenzo Petrovich se despojaba de la camisa y quedaba tendido en la cama. Los médicos le auscultaban cuidadosamente, pasándose unos a otros la trompetilla y hacían observaciones y llamaban la atención de los estudiantes sobre esta o aquella particularidad. A veces le hacían preguntas a Lorenzo Petrovich acerca de su vida pasa-

da, a las cuales solía contestar de mala gana, pero respetuosamente. De sus respuestas se deducía que había comido mucho, que había bebido mucho, que le habían gustado mucho las mujeres y que había trabajado mucho; y cada vez que pronunciaba la palabra «mucho» se reconocía menos Lorenzo Petrovich en aquel hombre que sus palabras describían. Le horrorizaba pensar que había sido él, Lorenzo Petrovich, el que había procedido de una manera tan absurda y tan perjudicial para la salud. Y las tan sabidas palabras «aguardiente, vida, salud», adquirirían para él un nuevo y profundo significado.

Los estudiantes también le veían y auscultaban. Presentábanse a menudo en ausencia de los médicos, y los unos con frase breve y resuelta y los otros con cierta indecisión le rogaban que se desnudase, y comenzaban otra vez el detenido reconocimiento de su cuerpo. Convencidos de la importancia de su misión, llevaban un diario de la enfermedad, y a Lorenzo Petrovich le parecía que todo él se hallaba ya en las páginas del cuaderno. Cada día se pertenecía menos, puesto que su cuerpo estaba horas enteras a la disposición de todo el

mundo. Por orden de las hermanas que le asistían, se arrastraba penosamente hacia el baño o se sentaba a la mesa donde almorzaban y tomaban el té los enfermos que podían moverse. Las gentes le miraban por todas partes y se ocupaban con él como nunca lo habían hecho antes, y, sin embargo, durante todo el día no le abandonaba la triste sensación de su profundo aislamiento. Le parecía que viajaba en dirección a algún punto muy lejano y que todo al rededor suyo tenía carácter pasajero y extraño. Las blancas paredes en las cuales no se veía ni una sola mancha y los altos techos emanaban una frialdad extraña; los suelos estaban siempre demasiado limpios y brillantes; el ambiente era demasiado igual, desprovisto de ese olor que, aun en las casas más pulcras, denota que allí viven de continuo unas mismas gentes. Allí el ambiente carecía de olor. Los médicos y los estudiantes se mostraban siempre atentos y cariñosos; daban bromas y golpecitos en el hombro, consolaban; pero cuando se apartaban de Lorenzo Petrovich a éste le parecía que no eran médicos ni estudiantes, sino conductores o empleados que servían a lo largo del misterioso camino recorrido por él. Ellos habían atendido ya a

miles de individuos y seguían atendiendo a otros muchos, y sus preguntas se reducían a pedir el billete. Y cuanto más se ocupaban con el cuerpo, más profunda y terrible se hacía la soledad del alma.

—Qué días se reciben aquí las visitas?— preguntó Lorenzo Petrovich a la hermana.

Hablaba con brevedad, sin mirar a su interlocutora.

—Los jueves y domingos; pero si se habla antes con el médico también pueden recibirse visitas otros días—le contestó la hermana, dispuesta a proseguir el diálogo.

—Y es posible hacer de manera que no dejen que me vea nadie?

La hermana, sorprendida, contestó que sí, y su respuesta satisfizo extraordinariamente al enfermo hasta el punto de que todo aquel día se mostró un tanto alegre, y sin salir de su acostumbrado mutismo no tuvo su rostro la sombría expresión que otras veces al escuchar la alegre y despreocupada charla de su vecino el diácono.

Había llegado éste de la provincia de Tambof e ingresó en la clínica un día antes que Lorenzo Petrovich, a pesar de lo cual ya conocía a los enfermos de las cinco salas situadas en el primer piso. Era pequeño de

estatura, y tan delgado, que cuando se desnudaba dibujábasele el esqueleto y parecía, más que un hombre, un niño de diez años. Tenía el cabello espeso y largo, grisáceo en algunas partes y en otras amarillento y rizado, y su rostro pequeño, pálido, con facciones correctas, diminuto, emergía de aquel fondo como pudiera hacerlo una figura colocada en un marco demasiado grande. Por el parecido que tenía con los secos rostros de las antiguas imágenes, el practicante Iván Ivanovich le incluyó en la categoría de los desabridos e impacientes; pero tan luego habló con él modificó su juicio y hasta perdió durante algún tiempo las ilusiones que le hizo concebir la ciencia fisionómica. El padre diácono, como le llamaban todos, hablaba de sí mismo con entera franqueza y les preguntaba a los demás por sus vidas con tanto interés que a nadie ofendía su curiosidad, y la satisfacían con la misma franqueza. Cuando alguno estornudaba, el padre diácono, desde lejos, le gritaba:

—Dios te ayude—y se persignaba.

Nadie venía a verle, y aun cuando se hallaba muy enfermo no se sentía aislado porque había hecho amistad, no solamente con todos los enfermos, sino con los que les

visitaban, y no se aburría. A sus compañeros de clínica les deseaba diez veces al día un rápido restablecimiento, y es más, aspiraba a que siempre estuviesen satisfechos y contentos, hallando a cada paso una ocasión para decirles algo que les agradase. Por las mañanas les daba a todos los buenos días y les felicitaba el jueves porque era jueves, el viernes porque era viernes, y cualquiera que fuese el aspecto del cielo y el estado de la atmósfera, afirmaba que el tiempo era inmejorable aquel día. Y al decir todo esto se reía con risa prolongada y apenas audible, se frotaba las manos y no pocas veces aplaudía, dándoles las gracias a todos sin saberse por qué motivo. Después del té le daba las gracias a Lorenzo Petrovich por su compañía.

—De modo—exclamaba—que ya nos hemos tomado el té usted y yo como buenos hermanos. Eh?

Y eso que Lorenzo Petrovich bebía el té alejado de él y no aguantaba la compañía de nadie.

Su rango de diácono era para él motivo de orgullo. Lo había recibido tres años antes y lo recordaba a cada paso. A todos, lo mismo a los enfermos que a los visitantes,

les preguntaba por la estatura de sus mujeres.

—La mía—exclamaba con orgullo después de escuchar a su interlocutor—es muy alta. Y los chicos han salido a ella. Son granaderos, a Dios gracias.

Todo lo que se veía en la clínica, la limpieza, el orden, la amabilidad de los médicos, las flores que ponían en el corredor, despertaban su admiración y su entusiasmo. Unas veces riéndose y otras persignándose delante de las imágenes sagradas, daba rienda suelta a sus sentimientos en presencia del silencioso Lorenzo Petrovich, y cuando le faltaban palabras, decía:

—Gracias a Dios, gracias a Dios!

El tercer enfermo de la sala era el estudiante Torbezki, que era moreno y tenía la barba negra. Casi no abandonaba el lecho y todos los días venía a verle una joven alta y delgada que bajaba la vista al entrar y tenía modales finos. Ceñida en elegante traje negro, cruzaba rápidamente el corredor, tomaba asiento a la cabecera del estudiante y no se levantaba hasta dos horas después, cuando, terminada la hora de las visitas, se servía el té a los enfermos. Unas veces hablaban mucho y con animación, otras se

sonreían y bajaban la voz, a pesar de lo cual solían escucharse aquellas palabras precisamente que no hubieran debido oírse. «Amor mío», «te amo»; otras veces permanecían silenciosos contemplándose con mirada misteriosa y absorta. Entonces el padre diácono tosía, y como si algún asunto urgente requiriese su presencia en otro lugar, se alejaba presuroso, en tanto que Lorenzo Petrovich, haciéndose el dormido, veía a través de las pestañas que los jóvenes se besaban, y mientras en su corazón se encendía un dolor sordo y palpitaba con fuerza desigual y se contraían sus músculos, las paredes blancas miraban con la misma extraña frialdad de siempre y en su blancura inmaculada había una sonrisa medrosa y melancólica.

II

En la clínica comenzábase a vivir muy temprano, apenas los primeros rayos del sol se habían abierto paso a través de las sombras de la noche, y el día era largo, interminable, aburrido, luminoso. A las seis de la mañana les servían a los enfermos el

té, y ellos lo sorbían lentamente, procediendo después a medirse la temperatura. Muchos, entre ellos el padre diácono, se habían enterado entonces de que tenían temperatura, y ésta era para ellos algo misterioso, y su medición les parecía asunto de suma gravedad. El tubito de cristal, con sus trazos negros y colorados, se convertía en indicador de vida, y el hecho de que sus cuerpos tuvieran una décima de más o de menos hacía que los enfermos se entristeciesen o alegrasen. Hasta el padre diácono, que siempre estaba contento, se sentía agobiado por el pesar y movía tristemente la cabeza cuando la temperatura de su cuerpo resultaba inferior a la llamada normal.

—Mire, amigo; vaya una broma—solía exclamar contemplando el termómetro con desconfianza.

—Póntelo otra vez; ten paciencia—replícaba Lorenzo Petrovich con irónica sonrisa.

Y el padre diácono volvía a colocarse el termómetro, y si lograba que subiera una décima se alegraba extraordinariamente y daba gracias a Lorenzo Petrovich por la bondad de su consejo. La medición de la temperatura servía de base a las preguntas que unos a otros se hacían acerca de su salud,

y todo cuanto mandaban los médicos se obedecía escrupulosamente y con cierta solemnidad. Desde este punto de vista descolaba el diácono, el cual, lo mismo al coger el termómetro, que al deglutir una poción, que al cumplir con cualquier prescripción facultativa, ponía la cara tan grave como cuando hablaba del día feliz de su consagración. Habiéndole dado los médicos, con el fin de practicar ciertos análisis, unas cuantas probetas, colocábalas él por orden riguroso, y como no escribía sino con letra torpe e ininteligible, rogó al estudiante que le pusiera los números con toda claridad. Enfadábase con los enfermos que no obedecían las indicaciones de los médicos, y no perdía ocasión de convencer de la necesidad de esta obediencia al obeso Minaief, de la décima sala, al cual le prohibieron que comiera carne, y, sin embargo, la sustraía hábilmente del plato de sus vecinos de mesa, y la tragaba sin mascarla.

A las siete, la luz que por las anchas ventanas penetraba era tan clara, que las blancas paredes, las camas, las tazas de cobre reluciente y los stuelos brillaban en el ambiente luminoso. A las ventanas se acercaban muy pocos enfermos: la calle, el

mundo entero, que existía más allá de los muros de la clínica, carecía para ellos de interés. Fuera vivían las gentes; pasaban llenos los tranvías; desfilaban los soldados, corrían los resplandecientes bomberos, abríanse y cerrábanse las puertas de las tiendas; dentro, en cambio, yacían los enfermos en sus camas; sin tener siquiera la fuerza necesaria para mover la dolorida cabeza, o envueltos en batas grises, andaban por los encerados suelos; allí se sufría y se moría. El estudiante recibía un periódico, pero ni él ni sus compañeros lo miraban, y la irregularidad más pequeña en el funcionamiento del estómago del vecino preocupaba mucho más que los sucesos y las guerras que reciben el nombre de mundiales. A eso de las once entraban los médicos y los estudiantes, y comenzaba la visita. Lorenzo Petrovich yacía tranquilo, con la mirada fija en el techo y contestaba a las preguntas con la misma entonación sombría; el padre diácono se ponía tan nervioso y hablaba tanto y tan a tontas y a locas, con tal deseo de agradar a todos y de hacer patente la consideración y el respeto que todos le merecían, que era difícil entenderle. Hablando de si mismo, decía:

—Cuando tuve la honra de ingresar en la clínica...

Refiriéndose a la hermana, exclamaba:

—Fue servida de ponerme una irrigación.

Sabía con toda exactitud a qué hora y en qué minuto sentía ardor de estómago o náuseas, y en qué horas de la noche y cuántas veces se despertaba. Cuando se marchaban los médicos se ponía muy contento, y su satisfacción subía de punto cuando, al despedirse, les había hecho, no una reverencia a todos ellos, sino una reverencia a cada uno de ellos.

—Así lo manda la etiqueta!—exclamaba, y enseñaba al silencioso Lorenzo Petrovich y al estudiante que se sonreía, cómo había hecho una reverencia, primero al doctor Alejandro Ivanóvich y después al doctor Simeón Nicolaievich.

La enfermedad que padecía era incurable y sus días estaban contados; pero él lo ignoraba y hablaba de la peregrinación que iba a emprender al monasterio de la Trinidad tan luego recobrase la salud, y de los manzanos de su jardín, de los cuales esperaba tener frutas el año venidero. Y en los días hermosos y serenos, cuando la luz solar, con su belleza y su fuerza incompara-

bles, bañaba las paredes y hacía resplandecer los encerados suelos de la clínica, y las sombras proyectadas sobre las blancas sábanas traían a la memoria el grato recuerdo de las sombras de los árboles en estío, el padre diácono entonaba en honor de la Virgen cantos que, al despertar recónditos sentimientos, anudaban la garganta. Su voz de tenor, delicada y escasa, temblaba entonces, y, al tratar de ocultar la emoción que le embargaba, llevábase el pañuelo a los ojos y se sonreía. Después, cruzando la habitación, acercábase a la ventana y clavaba los ojos en el cielo, azul y sin nubes, trasparente, tan lejano de la tierra, tan bello, tan sereno como el cántico divino del pobre diácono, cuando decía, con voz anhelosa y palpitante:

—Sálvame de los pecados infinitos de mi cuerpo y de los pecados de mi alma! A Tí acudo, Virgen Santísima, esperanza de los afligidos. Sálvame tú!

A la hora fijada servían la cena, y a las nueve encendían una lámpara eléctrica, cuya luz recogía y proyectaba sobre el suelo una pantalla verde. Comenzaban entonces las interminables horas de la noche.

Reinaba profundo silencio. Allá, por las

iluminadas galerías, visibles a través de las puertas siempre abiertas de las salas, pasaban, de cuando en cuando, silenciosas, las hermanas, conversando en voz baja, y alguna que otra vez, se oían los pasos de algún empleado, destacándose, clara y distintamente, el ruido que hacían en el silencio hasta perderse allá a lo lejos. A las once morían incluso estos ruidos postreros del día, y una paz sonora, cristalina, que multiplicaba irónicamente los menores sonidos, llevaba de sala en sala la tranquila respiración de los que dormían, la tos y los apagados quejidos de los que velaban. Tenues y engañosos eran estos ruidos nocturnos, y a veces ocultaban terribles secretos: ¿roncaba aquel enfermo o era la muerte la que rondaba entre las camas o a lo largo de las frías paredes?

Excepción hecha de la primera noche, durante la cual Lorenzo Petrovich quedó sumido en un sueño profundo, las demás las pasó en vela, acosado por las ideas más raras y más nuevas. Apoyando la cabeza en las velludas manos, inmóvil, contemplaba el esplendoroso alambre de la lámpara, que se dibujaba a través de la pantalla, y pensaba en su vida. No creía en Dios, no que-

ría vivir, no temía la muerte. Todo cuanto había sido para él fuerza y vida se había extinguido, sin necesidad, sin utilidad alguna, sin alegría para nadie. Cuando era joven y sus cabellos se ensortijaban en la cabeza, le robó a su amo; le cogieron *in fraganti*, le apalearon sin piedad, y odió ferozmente a quienes le castigaron. En su edad madura aplastó con su dinero a los pequeños, desprecio a cuantos cayeron en sus manos, y éstos le pagaron con odio, con mala voluntad, con terror. Llegó la vejez, llegó la enfermedad y empezaron a robarle, y entonces él sorprendió a los ladrones y les apaleó sin piedad... Así trascurrió su vida y toda ella no fué más que una serie no interrumpida de desengaños y de odios, que apagaron, apenas nacidas, las chispas de amor y de felicidad, y no dejaron sobre el corazón más que amargas cenizas. Ahora aspiraba a salir a la vida, a olvidar; pero la noche serena era implacable, cruel; unas veces se reía de la imbecilidad de las gentes y de su propia imbecilidad, y otras el recuerdo de lo pasado contraía ferozmente sus nervios y le hacía prorrumpir en largo gemitido. No creyendo que hubiera nadie que amase la vida, volvía la cabeza hacia el ve-

cino lecho, donde descansaba el diácono, y, después de contemplar largamente el bulto apenas dibujado de su cuerpo y la mancha oscura de su rostro y barba, murmuraba colérico:

—Imbécil!

Después volvía la vista hacia el dormido estudiante a quien besaba la joven que venía a verle, y con mayor cólera aún murmuraba:

—Imbéciles!

De día, en cambio, su espíritu se adormecía y ejecutaba puntualmente cuanto le ordenaban: tomaba medicinas y hacía ejercicio. Pero, lentamente iba debilitándose y pronto le dejaron tranquilo, sin obligarle a levantarse, y yacía en el lecho inmóvil, enorme, y su engañosa obesidad parecía salud y robustez.

También perdía fuerza el padre diácono; ya no iba como antes de sala en sala; su risa era menos frecuente, y sólo cuando el sol lucía era cuando su charla se tornaba alegre y cuando daba gracias a todos, al sol y a los médicos, y recordaba los floridos manzanos de su huerto. También entonces solía cantar como otras veces, iluminándose de gozo interior su pálido rostro. Acercá-

base después a Lorenzo Petrovich y por centésima vez describía el diploma que le entregaron al ser elevado a la categoría de diácono.

—Así era de grande—decía accionando con las manos,—y todo él lleno de letras y más letras, todas negras con filetes dorados. Una preciosidad, así como suena!

Santiguábase ante las imágenes sagradas y con cierto respeto a sí mismo proseguía:

—Y abajo el sello del arzobispo. Un sello enorme, del tamaño de un queso o poco menos... Qué le parece?

Y se reía silenciosamente, mientras sus ojos parecían ocultarse entre las profundas arrugas de su rostro. Pero tan luego desaparecía el sol detrás de las nubes cargadas de nieve y se oscurecía nuevamente la sala, el padre diácono, dando un suspiro, se tendía en el lecho.

III

En los campos y en los jardines había nieve aún; pero las calles estaban limpias, secas y hasta polvorientas en los sitios de mayor tránsito. De las cercas de los jardines y de los patios de las casas salían tientes

caños de agua que, al esparcirse, formaban lucientes charcos en el asfalto de las calles, y alrededor de cada una de estas charcas se notaban las pisadas de las gentes, pisadas que iban desapareciendo, como si a los que las causaron se los hubiera llevado el aire, y que sólo volvían a verse con precisión a proximidad de otra charca análoga. El sol iluminaba con sus rayos las salas de la clínica y calentaba de tal modo que era preciso huir de él, como en verano, y eso que al otro lado de los cristales hacía frío y venteaba. Las mismas salas, con sus altos techos, parecían, inundadas por la luz, estrechos corredores. La voz de la calle no penetraba en ellas a través de las dobles vidrieras; pero cuando, por las mañanas, abrían algún ventanillo, entraba de repente el alegre piar de los gorriones. Y todos los demás ruidos callaban ante este piar alegre de los pájaros como si se ofendieran de su osadía, y los trinos gozosos se esparcían por los corredores, subían por la escalera, penetraban audazmente en los laboratorios y volaban de retorta en retorta y de probeta en probeta. Los enfermos se sonreían plácidamente, y el padre diácono tendía los brazos hacia la ventana y murmuraba:

—Los gorriones! Gracias sean dadas a Dios, ya están ahí los gorriones...

Cerrábase el ventanillo, y entonces el alegre trinar de los pájaros moría tan repentinamente como había nacido, aun cuando los enfermos, creyendo hallar todavía algún eco rezagado de aquel rumor, fueran de un lado para otro y aspirasen con fruición el renovado ambiente.

En aquellas épocas del año acercábanse con más frecuencia a las ventanas los enfermos, y hasta limpiaban con los dedos los cristales, colocábanse los termómetros de mala gana y no hablaban más que de lo por venir. Y para todos ellos este porvenir era luminoso y bueno; incluso para el niño de la sala oncena a quien trajeron una mañana los guardias y que luego desapareció misteriosamente, o se dio de alta como decían las hermanas. Muchos enfermos habían visto cómo le trasladaron en la cama a un departamento separado, y pudieron observar que estaba inmóvil y que únicamente los ojos se movían, fijándose alternativamente en uno u otro objeto, con mirada tan melancólica y burlona, que ninguno se atrevió a sostenerla. Y todos adivinaron después que el niño había muerto; pero a ninguno

le causó impresión esta muerte, porque allí era aquello un hecho tan frecuente y vulgar como puede serlo en la guerra. Por aquel tiempo murió también en la sala onzena otro enfermo: un viejecillo, bastante bien conservado, que a consecuencia de una parálisis había perdido el uso de un brazo y recorría las salas andando torpemente y contándoles a todos la misma historia: el bautismo de los rusos en tiempo de San Wladimiro. Qué era lo que en aquella historia le gustaba ignorábanlo todos, porque hablaba muy bajo, de una manera casi ininteligible, mascullando las palabras y suprimiendo los finales, a pesar de lo cual aparentaba un entusiasmo sincero, accionaba con el brazo sano y movía el ojo derecho, único lado de su cuerpo que le obedecía. Los días que estaba de buen humor terminaba su relación inesperadamente exclamando en voz alta y clara, con entonación de triunfo: «Dios está con nosotros!», y luego se marchaba con premura, azorado, sonriente, ocultando el rostro con la mano derecha. Lo más frecuente, sin embargo, era que estuviese triste y que se lamentase de que le prohibiesen los baños calientes, de los cuales esperaba la salud. Pocos días an-

tes de su muerte le permitieron bañarse, y su satisfacción era tan grande, que pasó el día exclamando: «Dios está con nosotros!» y hasta en el baño le oyeron proferir los enfermos su frase favorita. Este viejo contó por última vez la historia del bautismo de los rusos al encargado de cuidarle.

No había habido grandes alteraciones en el estado de los pacientes de la sala octava: el estudiante Torbezki iba reponiéndose, y Lorenzo Petrovich y el padre diácono iban debilitándose cada día más; la vida y las fuerzas les abandonaban con tan cruel silencio que ni siquiera ellos mismos se daban cuenta de lo que les pasaba, y no parecía sino que jamás se levantaron de sus camas.

Y los médicos seguían visitándoles con idéntica regularidad, y sus alumnos escuchaban lo que decían, tomaban apuntes y cambiaban impresiones.

Cierto día de Cuaresma llevaron al padre diácono a la lección de uno de los médicos, y volvió emocionado y nervioso. Se reía como en los primeros tiempos, se santiguaba, les daba las gracias a todos y se enjugaba con el pañuelo las lágrimas.

—Por qué llora usted, padre diácono?—le preguntó el estudiante.

—Ah!, hijo mío; cómo no he de llorar? — replicó humildemente el diácono. — Qué buenos son! Pues no me sentó en una silla el propio Simeón Nicolaievich, y todos me rodearon y dijeron los estudiantes a una: «Aquí está el padre diácono?»

Y al pronunciar estas palabras ponía la cara muy seria, lo cual no era obstáculo para que corrieran sus lágrimas...

—Simeón Nicolaievich—añadió, queriendo explicar el por qué de aquéllas,—habla de una manera que conmueve y hace llorar. —«Hubo una vez—decía—un diácono... Hubo una vez un diácono...»

No pudo continuar, porque los sollozos le ahogaban; pero cuando se acostó y se sintió más tranquilo, murmuró con voz apagada:

—Les contó mi vida. Cómo fuí sochantre, cómo ascendí a diácono. Y también, Dios se lo premie, habló de mi esposa. Qué bueno es! Qué bueno es! Era como si se hubiera uno muerto y hablasen de uno... Erase una vez—decía—un padre diácono...

Y mientras hablaba, todos los que le escuchaban comprendieron que aquel hombre se moría; lo comprendieron con claridad tan grande y tan terrible como si la muerte

se hubiese presentado allí mismo reclamando su presa. Un frío misterioso y extraño emanaba del padre diácono; sobre él parecía cernirse una sombra, y cuando se ocultó entre las sábanas, Torbézki se frotó las heladas manos, y Lorenzo Petrovich se echó a reír con risa tosca y grosera.

Lorenzo Petrovich era presa aquellos días de gran excitación, y su mirada no se apartaba un segundo del pedazo de cielo azul que se veía a través de la ventana; movíase continuamente, se quejaba y reñía con la hermana. Con la misma excitación acogía a los médicos, y éstos lo notaron. Uno de ellos, que era bueno y compasivo, le preguntó:

—Qué le ocurre?

—Me aburro—le contestó Lorenzo Petrovich, con esa voz que ponen los niños cuando están enfermos, y cerró los ojos para que no viesen que lloraba.

Y en su diario, entre los apuntes relativos al pulso, a la temperatura y al estado general del enfermo, escribió el médico: «Se queja de aburrimiento.»

El estudiante seguía recibiendo la visita de la joven a quien amaba, y las mejillas de ésta, enrojecidas por el aire frío de la

calle, tenían tonos tan suaves y gratos que daba gusto y a la vez tristeza contemplarlos. Inclinandose hacia el rostro de Torbezki, exclamaba:

—Mira, mira qué colorada vengo.

Y él miraba, pero no con los ojos, sino con los labios, y miraba durante mucho tiempo y con bríos, porque empezaba a estar bueno y a recobrar las fuerzas. Ya no se azoraban porque hubiera delante otros enfermos, y se besaban sin recato alguno, mientras el diácono les volvía la espalda y Lorenzo Petrovich, sin hacerse el dormido, les miraba con rabia y desprecio. Y ellos querían al diácono y odiaban a Lorenzo Petrovich.

Un sábado recibió el diácono una carta de su familia. Hacía una semana que la esperaba, y todos lo sabían y se preocupaban del retraso, lo mismo que él. Abandonando el lecho recorrió lentamente las salas mostrándoles a todos la carta, recibiendo parabienes, haciendo reverencias y dando las gracias. Nadie ignoraba ya que su mujer era muy alta, pero él les comunicó nuevos pormenores.

—Si vieran ustedes cómo ronca! Cuando se acuesta y se duerme ya puede uno inclu-

so estrangularla... ronca y ronca. Es una mujer de cuerpo entero!

Y el diácono añadía, dirigiéndose a alguno de los que le escuchaban:

—Seguramente que no ha visto usted nada parecido a esto...

Y mostraba, al final de la carta, los indecisos, torpes contornos de una mano infantil, en cuyo centro se leía: «Tosik puso aquí la mano.» Sin duda, Tosik, antes de ponerla allí, se había ocupado con algún trabajo que exigía el empleo del agua y de la tierra, puesto que el lugar correspondiente a los dedos conservaba huellas evidentes de aquella ocupación.

—Es mi nieto; cuatro años tiene, y es tan listo, tan listo, que para creerlo hay que verle. El muy tuno puso aquí la mano...

El padre diácono, en su entusiasmo, se restregaba las suyas; se reía con risa prolongada y silenciosa; su rostro, flaco y amarillento, adquiría apariencias de salud, aspecto de larga vida, y con voz robustecida y sonora cantaba:

—Santísima Virgen, Madre de Dios, líbranos del mal, Señora del mundo...!

Aquel día llevaron a Lorenzo Petrovich a la cátedra y volvió nervioso, con las ma-

nos temblorosas y una sonrisa que parecía una mueca. Apartó a la hermana que le estaba ayudando a desnudarse, y, apenas entró en el lecho, cerró los ojos. El padre diácono esperó a que los abriese y, presa de amable curiosidad, empezó a hacerle preguntas referentes al reconocimiento practicado por los médicos

—Qué tal, amigo? Emocionante, eh? Pero, no te asustes. También te dirán: «Hubo una vez un comerciante...»

Alteróse el rostro de Lorenzo Petrovich y, lanzando una mirada colérica al diácono, le volvió la espalda y cerró los ojos.

—Eso no es nada, amigo. No te apures. Sanarás; estás mucho mejor que cuando llegaste—prosiguió el diácono.

Tendido en la cama, contemplaba éste sin pestañar un rayo de sol que jugueteaba en el techo de la sala. El estudiante había salido a fumar un cigarro y, en el silencio profundo sólo se oía la respiración anhelosa de Lorenzo Petrovich.

—Sí, amigo—añadió lentamente, con serena alegría el padre diácono;—sanarás, no lo dudes, y si alguna vez pasas por mi tierra, ven a verme. Mi casa está a unas cinco *verstas* de la estación del ferrocarril y te

llevara á ella el primer labriego a quien te encuentres. Ven a verme, te digo: yo te obsequiaré. Tengo una sidra que da gloria por lo dulce y reconfortante que es...

Suspiró el diácono y repuso:

—Pienso ir al monasterio de la Trinidad. Comulgaré allí a tu intención. Después visitaré la iglesia, e iré a los baños. Sabes cómo se llaman?

Lorenzo Petrovich no contestó, y el padre diácono, dándose a sí mismo la respuesta, dijo:

—Ah! Ya sé. Se llaman «del Comercio». Y luego, si Dios quiere, a casita...

Calló el diácono, y en el silencio profundo que se hizo, la respiración breve y fatigosa de Lorenzo Petrovich recordaba el cólerico resoplido de una locomotora parada en un apartadero. Y apenas se había dilatado ante los ojos del diácono el bello cuadro de la felicidad próxima, llegaron hasta él incomprensibles y pavorosas palabras. El terror palpitaba en cada una de las sílabas; el terror zumbaba en el acento sombrío y tosco de la voz, que pronunciaba una tras otra las terribles palabras:

—Al cementerio es donde vas a ir, padre!

—Qué dices, amigo!—exclamó el diácono sin comprender bien la frase.

—Digo que donde vas a ir es al cementerio—repitió Lorenzo Petrovich, y volviéndose a su interlocutor y levantando la cabeza de la almohada para que ni una sola de sus palabras se amortiguase o se perdiese en el camino.—Y antes—prosiguió—te llevarán arrastrando al anfiteatro, y allí te despellejarán en presencia de los alumnos. Lo oyes?

Y Lorenzo Petrovich lanzó una carcajada.

—Qué estas diciendo? Pero ¿qué dices?—murmuró el padre diácono.

—Nada; lo que oyes. Así entierran aquí los muertos, divirtiéndose con ellos. Primero cortan un brazo, y lo entierran. Luego cortan una pierna, y la entierran, y así se distraen con los muertos, hasta que no queda nada que cortarles...

Silencioso, miraba fijamente el diácono a Lorenzo Petrovich, mientras éste seguía hablando, y la franqueza brutal de sus palabras era pavorosa y repulsiva.

—Cuando te miro, padre diácono, pienso: Habráse visto jamás un hombre tan tonto como éste? Pues nos dice: «Iré al monasterio de la Trinidad; iré a bañarme; me sen-

taré a la sombra de mis manzanos...” Pero, estúpido, si apenas te queda una semana de vida, ¿adónde quieres ir?

—Una semana!

—Una semana, sí. No soy yo el que lo dice, lo dicen los médicos. Días pasados entraron los estudiantes; yo me hice el dormido; tú no estabas, y les oí que decían: “Dentro de poco, nos dejará el diácono... Milagro será que dure una semana...”

—Una semana!...

—¿Qué te crees? Te crees que *ella* perdona?

Y la palabra *ella* la pronunció Lorenzo Petrovich con terrible expresión. Levantó después el velludo puño y contempló tristemente las robustas articulaciones.

—Ves este puño? Ves lo fuerte que es? Si cayera sobre alguien, lo mataba... Y qué? También yo me moriré. Ay! diácono de cabeza huera, que quiere ir en peregrinación, que quiere bañarse, que quiere contemplar sus manzanos...! Más fuertes que tú han sido otros... y se han muerto.

El padre diácono estaba amarillo; no podía hablar, ni llorar, ni siquiera quejarse. Lenta y silenciosamente dejó caer la cabeza sobre la almohada y, como si huyese de la luz y de las palabras de Lorenzo Petro-

vich, se envolvió en las sábanas. Pero Lorenzo Petrovich no podía callar; cada palabra que se escapaba de sus labios y hería al diácono, era para él un alivio y un consuelo, y con fingido cariño, prosiguió:

—Después de todo ¿qué? Una semana te queda, y nada más. Al baño querías tú ir, majadero! Como no nos escalden a tí y a mí cuando estiremos la pata, me parece que no nos bañamos más!

Entró entonces el estudiante y Lorenzo Petrovich calló, aunque de mala gana. Probó a ocultarse bajo las sábanas, como había hecho el diácono, pero en seguida asomó la cabeza y miró con burla al estudiante.

—Y a su amiguita ¿qué le pasa que hace dos días que no viene?—le preguntó con un afecto que desmentía la sonrisa que plegaba sus labios.

—Está indispuesta—contestó secamente el interpelado.

—Qué lástima!—exclamó Lorenzo Petrovich.—¿Qué tiene?

Pero el estudiante no replicó; sin duda no había oído la pregunta. Por tres veces la joven a quien amaba había dejado pasar las horas de visita, y tampoco había venido aquel día. Torbeski aparentaba mirar a

través de la ventana; pero, en realidad, esforzábale en ver lo que ocurría en la puerta del hospital, invisible desde aquel sitio, pegando la frente a los cristales. En esta forma, mirando unas veces a la calle y otras al reloj, empleó las horas de visita, desde las dos hasta las cuatro. Pálido y cansado, bebió de mala gana el té que le sirvieron, y se acostó sin reparar en el extraño silencio del diácono ni en la verbosidad no menos extraña de Lorenzo Petrovich.

—Por fin, no vino! —exclamó Lorenzo Petrovich, y se echó a reir.

IV

Aquella noche, interminable y lúgubre, lució también bajo la pantalla la luz de la lámpara, y en el sonoro silencio volvieron a escucharse los ruidos de siempre, los tenues lamentos, la fatigosa respiración de los que sufrían. En una de las salas cayó al suelo una cucharilla, y el metálico sonido que produjo duró largo rato en la inmovilidad del ambiente. En la sala octava no durmió nadie aquella noche, por más que todos lo aparentasen. Torbeski era el único

que, sin hacer caso de sus compañeros, daba vueltas, suspiraba y arreglaba los emboscos. Por dos veces salió a fumar, y, finalmente, se durmió, porque el organismo en convalecencia se impuso. Su sueño fué profundo, tranquilo y grato, a no dudarlo, puesto que en sus labios se dibujó una sonrisa, que causaba una impresión extraña en aquel cuerpo inmóvil con los ojos cerrados.

Allá, a lo lejos, un reloj dió las tres. De pronto, un rumor suave, tembloroso, preñado de misterio, llegó a oídos de Lorenzo Petrovich: se inició a la vez que las campanadas del reloj, y en un principio fue tierno, bello como el eco de una canción lejana. Lorenzo Petrovich se puso a escuchar: el rumor creció y, sin perder su carácter melódico, fué pareciéndose al silencioso llanto de un niño que, encerrado en un cuarto oscuro, tuviera miedo de la oscuridad y de los que le encerraron, y reprimiera los sollozos. Lorenzo Petrovich se despertó del todo y adivinó la causa del aquel ruido: alguien lloraba,

—Qué pasa?—preguntó asustado.

El llanto cesó y el silencio se hizo de nuevo, más terrible y angustioso que antes.

Las blancas paredes estaban inmóviles y heladas, y no había nadie a quien pedir amparo contra la soledad y el miedo.

—Quién llora?—exclamó Lorenzo Petrovich—Eres tú, padre diácono?

El llanto, que hasta entonces parecía ocultarse muy cerca de Lorenzo Petrovich, se escuchó de nuevo. La sábana con que se tapaba el diácono se apartó, y la tablilla colgada en la cabecera dió contra los hierros de la cama.

—Qué tienes? No llores—murmuró Lorenzo Petrovich.

Pero el diácono lloraba y la tablilla seguía golpeando los hierros bajo el impulso de los sollozos que agitaban el cuerpo del enfermo. Lorenzo Petrovich se sentó en la cama, y después puso lentamente en el suelo los hinchados pies. Al querer levantarse sintió una conmoción extraña en el cerebro, como si de pronto cayese sobre su cabeza una pesada maza, se le cortó la respiración y le pareció que el suelo se escapaba. Sosteniéndose a duras penas sobre las piernas, escuchando con extraordinaria claridad los latidos de su corazón, Lorenzo Petrovich recorrió la distancia que le separaba del lecho del diácono, poco más de dos

pasos. Allí se detuvo para respirar, y luego, apoyándose en la cama e inclinándose sobre ella, preguntó:

—Por qué lloras? Tienes miedo a la muerte?

El diácono apartó las sábanas que cubrían su cabeza y exclamó con lastimero acento:

—Ay, amigo...!

—Qué te pasa? Tienes miedo?

—No, amigo; no tengo miedo—replicó el diácono, con el mismo lastimero acento—; no tengo miedo—repitió y, volviendo la espalda a su interlocutor, siguió llorando.

—No te enfades conmigo por lo que te dije—prosiguió Lorenzo Petrovich—Es tonto enfadarse por esas cosas.

—No estoy enfadado. Por qué iba a enfadarme? Acaso eres tú la causa de mi muerte? La muerte es la que viene sin que nadie la llame.—Y, diciendo esto, suspiró.

—Entonces, por qué lloras?—preguntó Lorenzo Petrovich, compadecido del dolor de su compañero.—Por qué te atormentas?

El diácono se llevó las manos al rostro y, moviendo la cabeza con desesperación, exclamó en voz alta y temblorosa:

—Cómo no he de llorar? Siento morir porque no veré más la luz del sol. Si tú

supieras cómo brilla el sol en mi tierra...!

—El sol?

Al principio Lorenzo Petrovich no comprendió lo que quería decir el diácono, y creyó que se burlaba de él; pero después recordó el rayo de luz que, penetrando por la ventana, se proyectaba en el suelo; recordó la esplendidez del sol en el gobierno de Saratof, en las riberas del Volga, en los bosques próximos, en los floridos senderos de los campos, y golpeándose el robusto pecho con las manos, cayó de rodillas y apoyando su cabeza al lado de la cabeza del diácono, lloró con él. Lloraban por el sol, que nunca más verían; por los bellos manzanos que iban a florecer y a dar fruto para otros; por las sombras en que iban a yacer en lo sucesivo; por la vida, siempre grata, y por la muerte, siempre cruel. En el sonoro silencio de la sala resonaban los sollozos de ambos, y su rumor iba a mezclarse con los sanos ronquidos de los enfermeros, cansados de velar; con los gemidos de los enfermos graves y con la respiración pausada de los que empezaban a recobrar la salud. El estudiante dormía, pero la sonrisa había desaparecido de sus labios, y en su rostro inmóvil se proyectaban azuladas sombras,

que le daban aspecto de dolor y de tristeza. La lámpara eléctrica seguía esparciendo su luz igual, inanimada y fría, y las altas paredes blancas parecían contemplarlo todo con extraña terrible indiferencia.

Murió Lorenzo Petrovich a las cuatro de la mañana del siguiente día. Al anoecer quedó profundamente dormido; cuando se despertó sintió que se moría y que tenía que hacer algo: pedir auxilio, gritar o santiguarse, y en esta duda, perdió el conocimiento. Su pecho subió y bajó con fuerza, temblaron y se estiraron sus piernas; su cabeza resbaló sobre la almohada, y sus cerrados puños se entreabrieron y quedaron sin fuerza a los lados del cuerpo. A través del sueño, el padre diácono escuchó el crujido del lecho, y, sin abrir los ojos, preguntó:

—Qué te pasa, amigo?

Pero nadie le contestó y volvió a dormirse. Al día siguiente, los médicos le aseguraron que recobraría la salud, y él lo creyó y fue feliz; les saludó desde el lecho inclinando la cabeza, y dio a todos la enhorabuena, como si les hubiese acaecido algo grato.

También fue feliz el estudiante y durmió

tranquilo; cual si estuviera en plena salud, pues aquel día vino a verle su novia y le besó muy fuerte y permaneció a su lado veinte minutos más de lo que permitía el reglamento.

Salió el sol.



La revisión de los clásicos *

HABLEMOS —sucintamente— de un asunto que comienza a preocupar con viveza a la juventud intelectual española. A la revisión de los clásicos nos referimos. Cómo han sido vistos hasta ahora los clásicos españoles? Cómo deben ser vistos? Qué influencia han tenido y cuál pueden tener en la mentalidad joven de España? He aquí unas preguntas en que se halla condensado todo el problema: magno problema, puesto que, en el fondo, no es otro que el problema general, vital, del pueblo español. La cuestión de los clásicos está íntimamente relacionada con la total cuestión de la cultura. Contestemos a la primera de las interrogaciones que hemos formulado.

Cómo han sido vistos los clásicos hasta ahora? Abrid las antologías, repasad los manuales escolares, universitarios. Los clásicos son modelo del estilo; en los clásicos

* De HISPANIA, Londres.

aprendemos—no a pensar—a escribir. Como los clásicos nos enseñan a escribir, se impondrá una clasificación de los escritores de la antigüedad desde el punto de vista, no de la ideología—ideas y sentimientos—sino de la retórica. A mayor profusión de recursos retóricos, mayor superioridad. Serán más grandes escritores, no los que den más intensa sensación de la vida (con incorrecciones de lenguaje, con neologismos, con desatinos), sino los más acicalados, los más pulidos, los más brillantes. No se repara en el fondo; se atiende a la forma. En su consecuencia: clásicos que pasan a primer plano: los escritores del siglo XVII; clásicos secundarios: los primitivos, los poetas y prosadores de las centurias décimoquinta y décimosexta. Grandes, hechizadores escritores: Fray Luis de Granada, Quevedo, Solís, Melo. Escritores desaliñados, sin brillantez: Cervantes, Lope, el autor de *La Celestina*, el autor del *Lazarillo*. La divisoria comienza a trazarse a principios del siglo XIX; desde las antologías de Capmany, de Sivela y de Piferrer, arranca el prejuicio de la forma sobre el fondo. Poco a poco, de uno en otro manual se va formando el falso concepto del clasicismo.

El falso concepto del clasicismo, que consiste en lo siguiente: en imitar la construcción, el régimen, el léxico, de los escritores antiguos más retóricos, y en olvidar la base estética.—biología literaria—de los grandes y vivos escritores. «Leed a Fray Luis de Granada; leed a Quevedo»—dicen los profesores y los académicos a la juventud;—«admirad la pompa, el número y la elegancia del uno; saboread la flexibilidad, la riqueza léxica, la copia de dichos y de modismos del otro. Tratad de imitarles: construid vuestros períodos tan rotunda y sonoramente como ellos.» Incautamente, los jóvenes—siquiera en el período de noviciado en que no se piensa por cuenta propia— incautamente, repetimos, los jóvenes leen y releen a los escritores retóricos; juzgan que la retórica es la vida; nos ofrecen en sus novelas o en sus poemas un trasunto brillante—y lamentable—de la sintaxis y del léxico del siglo XVII». Una burguesía ilustrada y frívola, se regodea con esos libros y los reputan como el ideal en el arte.

Segunda pregunta de las que hemos formulado: Cómo deben ser vistos los clásicos? Un escritor fuerte no imita a nadie. Una cosa es la imitación y otra el excitación.

te intelectual. No ha existido en ninguna literatura un gran movimiento de renovación que no haya sido producido por el íntimo contacto con el pensamiento extranjero. Ejemplos entre nosotros: en el siglo XVI, la lírica se renueva por Boscán, influído por los italianos; Boscán que, a su vez, sugestiona a Garcilaso; Garcilaso, a su vez, crea una poderosa tendencia poética. En el siglo XVII, los polífticos, preceptistas, psicólogos italianos, influyen sobre sus congéneres los españoles; Maquiavelo, detestado aparentemente, es seguido por Gracián, por Quevedo. Aparte de esto, los literatos influyen sobre los literatos: de Ariosto hay ras-tros visibles en el *Quijote*. En el siglo XVIII, los filósofos franceses influyen en la formación de una gran corriente crítica en el pensamiento español. En los albores del XIX, el movimiento romántico nuestro es determinado por los románticos ingleses y franceses; sin Merimée, la obra más pujante de nuestro teatro romántico—el *Don Alvaro*—no sería como es; en *Las Almas del Purgatorio*, del escritor francés, se inspiró, para trazar una capital escena de su obra, Angel Saavedra.

Un escritor fuerte—decimos—no imita a

nadie; se inspira en obras ajenas; toma como excitantes las obras ajenas; pero su escuela, su norma, es la vida. Ahora, ved lo que han hecho todos los grandes escritores de la antigüedad española: el autor de *La Celestina*, Antonio de Guevara, Cervantes, Lope. Aplicando a ellos el actual concepto universitario y académico del clasicismo, nos encontraríamos con que esos grandes escritores... no son clásicos; porque esos grandes escritores no han imitado a los escritores de una, o dos, o tres centurias anteriores; porque esos noveladores y poetas han vivido su vida, se han inspirado en su tiempo, y no se han empeñado—absolutamente—en sentir y en ver la realidad como otros poetas y noveladores pretéritos. La enseñanza que los clásicos pueden, pues, darnos, salta a la vista: los clásicos nos enseñarán a ser lo que ellos fueron, a hacer lo que ellos hicieron, a ser libres, a ser independientes, a vivir en nuestro medio, a recoger nuestro léxico de la corriente viva del pueblo—y no de los libros muertos,— a estimar más la sensación palpitante actual que la brillante retórica pasada. Todo escritor que se inspire en esta norma, será un escritor vivo; todo artista que mire al

pasado y no al presente y al futuro, será un artista muerto.

Y aquí está consignada la influencia que los valores intelectuales clásicos pueden tener en la joven literatura española — tercera de nuestras preguntas. Tal es también el concepto que hoy comenzamos a tener en España de los clásicos. Queremos una revisión de los escritores pretéritos; se ha hecho hasta ahora—con algunas excepciones—la crítica de los clásicos desde el punto de vista erudito y formal; fué Menéndez Pelayo un gran erudito y un formidable acopiador de materiales; le faltó penetrar en las obras y darnos el significado ideológico de los valores literarios del pasado. Lentamente se va iniciando en España la labor de crítica interna e interpretativa; pueden servir de ejemplo los trabajos que realizan los discípulos de Menéndez Pidal; en torno de la nueva colección de *Clásicos castellanos*, que edita LA LECTURA, se han agrupado; notables son algunos de los prólogos—como el referente a Quevedo¹—que esos historiogra-

¹ Véanse CLÁSICOS CASTELLANOS, tomo 5, Quevedo: *Vida del Buscón*, prólogo y notas de Américo Castro.—N. del E.

fos y críticos han puesto a primorosas reediciones. Parcialmente, poco a poco, se ha de ir viendo qué escritores representan y condensan el ambiente de España y cuales otros no pasan de la falacia y la bambolla retórica. De la penumbra del olvido habrán de ser sacados, a plena luz, a primer plano, escritores de intenso vigor y plástica originalidad. Ese lento trabajo permitirá definir la verdadera y honda tradición intelectual española; entonces se podrá ver patentemente lo que hoy se comienza a sospechar: que la tradición literaria española no es la oficialmente representada, sino la de los escritores libres e independientes, los escritores que hacen—en mayor o menor escala—lo que hicieron un Cervantes, un Lope, el autor de *La Celestina*, Guevara, el autor del *Lazarillo*.

En 1844, en su *Manual de Literatura*, escribía don Antonio Gil de Zárate—tomo III—que nuestros escritores antiguos nutrían su saber de las obras de griegos y romanos, de los Santos Padres y de los doctores de la Edad Media. «No andaban, por consiguiente, en busca de novedades», añade el autor. Y agrega: «No pretendían reformar el Estado, ni cambiar las institucio-

nes; sino que, partiendo de lo que existía, considerándolo como permanente y sagrado, daban sólo reglas para obrar dentro de ese círculo inflexible, de cuyos límites consideraban como atentado y sacrilegio el salirse». Siendo el arte la levadura del progreso, habrá que ver, principalmente, en la obra revisionista, hasta qué punto ese juicio de Gil de Zárate es cierto; hasta qué punto los clásicos, apartándose del presente, han laborado por el porvenir; hasta qué punto son inactuales y se hallan, por consiguiente, en todo momento, dentro del problema de España. Y véase cómo—según anunciábamos al comienzo—el problema de los clásicos es, en definitiva, el problema total de España.

Azorín



Poesías francesas *

Ici bas

De SULLY PRUDHOMME

Aquí abajo las lilas se marchitan,
la canción de los pájaros es breve;
yo sueño en los estíos que perduran
siempre...

Aquí abajo los labios se aproximan
sin que el roce fugaz la huella deje;
yo sueño con los besos que perduran
siempre...

Aquí abajo los hombres van llorando
amistades y amores que perecen:
yo sueño con idilios que perduran
siempre...

(Trad. de Leopoldo Díaz)

* Del volumen LA POESÍA FRANCESA MODERNA, antología ordenada y anotada por Enrique Díez-Canedo y Fernando Fortún.

El horóscopo

De FRANCISCO COPPÉE

En pie las dos hermanas, los brazos enlazados,
contemplan a la vieja de fatídicos ojos,
que en un rincón remueve, sobre inmundos des-
pojos,
entre sus torpes dedos los naipes hechizados.

Flores de otoño y Mayo, frescas cual la mañana,
esta anémoma blanca, roja amapola aquella,
rubia una, otra morena, de su ignorada estrella
el augurio oír quieren de labios de la anciana.

—Ay!, para tí la vida será muy dolorosa—

le dice a la morena, de aspecto duro y frío.

—Pero él me amará al menos? ... Decidme, ¿será mío?

—Sí.—Pues a qué engañarme? Yo así seré dichosa.

—Tú no obtendrás siquiera a tu amor recompensa—
dice a la blanca niña de los ojos serenos.

Y ésta pregunta ansiosa:—Y yo le amaré al menos?

—Sí.—Pues entonces basta... mi dicha será inmensa!

(trad. de Cavetano de Alvear)

El visitante

DE ENRIQUE DE REGNIER

La casa en calma y la llave en la cerradura,
la mesa en que los frutos dulces y el agua pura
de la copa se espejan sobre la talla oscura;
dos caminos que guían—los dos—al horizonte,
la mar que se presiente, lejos, detrás del monte,
y todo lo que evoca risa sencilla y clara
de los que no desean nunca cosa más rara
que una fuente azul entre florecidos rosales,
que un racimo en sus vides, que una tarde en sus días
con vaguedad alegre y con melancolías,
—una hora en pos de otra, los días siempre iguales—
Todo esto ha comprendido mi alma, Amor, al ver
tu esperada figura traspasar mis umbrales,
gustar los frutos con tu boca de mujer,
beber el agua límpida, y sentarte y plegar
tu ala divina sobre las losas de mi hogar.

(Trad. de R. Pérez de Ayala)

Solo

DE ANDRÉS SPIRE

Me compadecen:
«Miradle, coge su bastón
y se va, solo.
Nos rehuye. Ved su mirar extraño.
Ni siquiera un libro se lleva. Qué hará?
Será un malvado? Un rebelde? Un enfermo?»

Solo, apacible carretera blanca,
por entre tus cunetas con hierbas y con flores;
por tus guijas que cuentan historias tan antiguas!

Solo, bosque, con la corteza azul de tus abetos;
con tu viento que entabla coloquios con los árboles;
y con tus procesiones de hormigas que acarrean
cuerpecillos de escarabajos.

Solo con vos, praderas empapadas de sol,
todas rumores, gritos y cabezas erguidas.

Solo, y entre vosotros, milanos, alcotanes,
moscas, buhos, fontanas, rocas, grietas, espinas,
brumas, nubes, neblinas, crestas, cimas, abismos,
calor, perfumes, orden, caos, desorden,
solo entre los diálogos que con bocas rivales
cambiáis sin tregua!

Solo con mi bastón, solo con mi fatiga,
con mi polvo, mis sienes que palpitan, mi vértigo,
y el altivo sudor que humedece mi piel.

(Trad. de Enrique Díez-Canedo)

Estudiantas

DE ANDRÉS SPIRE

Obrero,
¿te acuerdas de las estudiantas?
de sus sobrias chaquetas, de sus tocas,
de sus ojazos de febril mirada?

Cuánta esperanza en aquellas valientes
muchachas pusimos,
en la violencia de su tesis,

en el calor de sus gritos!
Soñaban con luchas de clases,
derechos al trabajo, mejoras de jornal,
emancipación de su sexo, amor libre!
Qué miedo pasaban sus pobres mamás!

Obrero, después las he visto:
las vi con sus maridos, tus patronos.
Llevaban vestidos de moda,
y al pagar hacían regateos sórdidos.
Revientan de trabajo a sus criadas,
y dicen: el sueldo por franco, qué robo!
Y murmurando se apasionan
en sus salones Luis XVI,
discutiendo el color y la forma
de un mantelillo de mesa de té.

(Trad. de *Enrique Díez-Cañedo*)



Edmée o la caridad bien entendida *

HORTEUR, el fundador de *La Estrella*, el director político y literario de la *Revista nacional* y del *Nuevo Siglo ilustrado*, Horteur, me recibió en su despacho, para decirme desde el fondo de su asiento directorial:

—Mi buen Marteau, hágame un cuento para el número extraordinario del *Nuevo Siglo*. Trescientas líneas, con motivo del «día de Año Nuevo». Algo muy vivaz, con un perfume aristocrático.

Repuse a Horteur que yo no era bueno, al menos en el sentido en que él lo decía, pero que le daría con mucho gusto un cuento.

* Del volumen *Crainquebille et autres récits profitables*. Traducido para esta COLECCIÓN.

—Mucho me gustaría, me dijo, que se titulara: Cuento para los ricos.

—Querría mejor: Cuento para los pobres.

—Eso es lo que yo pretendo. Un cuento que inspire a los ricos la piedad por los pobres.

—Es que precisamente a mí no me gusta que los ricos tengan compasión de los pobres.

—Qué ocurrencia!

—No es ocurrencia, es algo científico. La compasión del rico hacia el pobre me parece injuriosa y contraria a la fraternidad humana. Si desea usted que hable a los ricos, les diré: «Ahorrad a los pobres vuestra piedad: nada tienen que hacer con ella. Por qué la piedad y no la justicia? Tenéis una cuenta con ellos. Liquidadla. No es una cuestión de sentimiento. Es una cuestión económica. Si eso que caritativamente les dais es para prolongar su pobreza y vuestra fortuna, ese don es inícuo y las lágrimas con que lo humedezcáis no lo harán más equitativo. «Es preciso restituir», como decía el procurador al juez después del sermón del buen Hermano Maillard. Hacéis la limosna para no restituir. Dais un poco para guardar bastante, y os felicitáis. De

igual modo el tirano de Samos arrojó su anillo al mar. Pero la Némesis de los dioses no aceptó aquella ofrenda. Un pescador devolvió al tirano su anillo en el vientre de un pez. Y Policrates fue despojado de todas sus riquezas».

—Pero esto es broma!

—No hablo en broma. Quiero hacer comprender a los ricos que son benefactores por la ganancia y generosos con interés, que engañan al acreedor y no es así como se hacen los negocios. Es una advertencia que puede serles útil.

—Y usted quiere estampar semejantes ideas en el *Nuevo Siglo*, para que la hoja se hunda! Eso no! amigo mío, eso no!

—Por qué quieren ustedes que el rico se conduzca con los pobres de distinto modo que con los adinerados y los poderosos? Les paga lo que les debe, y si nada les debe, no les paga nada. Esta es la probidad. Si es probo, que haga otro tanto con los pobres. Y no diga que los ricos nada deben a los pobres. No creo que rico alguno lo piense. Las incertidumbres comienzan sobre la magnitud de la deuda. Y no se apresuran a salir de ellas. Prefieren mejor quedarse en la incertidumbre. Saben que

deben. No saben lo que deben, y de cuando en cuando hacen un pequeño abono. Eso se llama la beneficencia y les resulta ventajosa.

—Pero lo que usted dice, mi querido colaborador, no tiene sentido común. Tal vez yo soy más socialista que usted, pero soy práctico. Suprimir un sufrimiento, prolongar una existencia, remediar una parte mínima de las injusticias sociales, es un resultado. El poco de bien que se haga, hecho queda. No es todo, pero algo es. Si el cuentecito que le pido enternece a una centena de mis opulentos suscritores y los predispone a ser generosos, ya será eso una ventaja sobre el mal y el sufrimiento. Así es como poco a poco se hace soportable la condición de los pobres.

—Es bueno que la condición de los pobres sea soportable? La pobreza es indispensable a la riqueza, la riqueza es necesaria a la pobreza. Estos dos males se engendran uno a otro y se apoyan entre sí. No debe mejorarse la condición de los pobres: hay que suprimirla. No induciré a los ricos a que den limosna, porque su limosna está envenenada, porque la limosna es buena para quien la da y mala para quien la reci-

be, y finalmente, porque siendo la riqueza en sí misma dura y cruel, no debe disfrazarse con engañosas apariencias de dulzura. Puesto que usted desea que le haga un cuento para los ricos, les diré: «Vuestros pobres son vuestros perros, a quienes alimentáis para que muerdan. Los socorridos forman a los poseedores una jauría que ladra a los proletarios. Los ricos dan sólo a quien pide. Los trabajadores nada piden. Y no reciben nada».

—Pero los huérfanos, los impedidos, los ancianos?...

—Tienen derecho a vivir. Para ellos no excitaría la compasión, invocaría el derecho.

—Todo eso es teoría! Volvamos a la realidad: me hará un cuentecito referente a los aguinaldos y en él puede poner sus ribetes de socialismo. El socialismo está muy en moda. Resulta elegante. No hablo, se entiende, del socialismo de Guesde, ni del socialismo de Jaurés; me refiero a un socialismo prudente que las personas educadas oponen con oportunidad e ingenio al colectivismo. Coloque en su cuento figuras juveniles. Será ilustrado y en las ilustraciones no agradan más que las figuras gracio-

sas. Ponga en escena a una señorita, a una encantadora señorita. Eso no es difícil.

—No, no es difícil.

—No podría intercalar en el cuento a un deshollinador? Tengo una ilustración apropiado, un grabado en colores, que representa a una señorita que da limosna a un deshollinador, en las escaleras de la Magdalena. Sería esta una ocasión de aprovecharlo... Hace frío, nieva; la linda doncella se compadece de un deshollinador... Comprende esto?

—Si lo comprendo.

—Borde sobre ese tema.

—Bordaré. El deshollinador, loco de agradecimiento, se echa al cuello de la linda señorita que resulta ser la propia hija del señor conde de Linotte. Le da él un beso e imprime en la mejilla de la graciosa niña una pequeña O de hollín, una bonita O pequeña, muy redonda y muy negra. El se ha enamorado. Edmée (así se llama) no es insensible a un sentimiento tan sincero y tan ingenuo... Me parece que la idea es muy conmovedora.

—Si... usted podrá sacar de ella algún partido.

—Me anima a proseguir... Ya en su ha-

bitación suntuosa del bulevar Malesherbes, Edmée siente por vez primera deseos de no lavarse la cara; quisiera conservar en la mejilla la huella de los labios que allí se posaron. Entre tanto, el deshollinador la ha seguido hasta la puerta, se queda extasiado al pie de las ventanas de la adorable criatura... Está bien?

—Por supuesto.

—Prosigo. Al otro día por la mañana, Edmée, acostada en su camita blanca, ve al deshollinador que asoma por la chimenea de su aposento. Arrójase ingenuamente sobre la deliciosa niña y la cubre de pequeñas O de hollín, muy redondas. He olvidado decirle que el muchacho es de una maravillosa hermosura. La condesa de Linotte lo sorprende en esta agradable ocupación. Grita, llama. Él sigue tan afanoso que ni la ve ni la oye.

—Mi querido Marteau...

—Tan afanoso está que ni la ve ni la oye. El conde acude. Tiene el alma de un gentil-hombre. Coge al deshollinador por la culeta del pantalón, que es precisamente lo que a sus ojos se ofrece, y lo arroja por la ventana.

—Mi querido Marteau...

—Abrevio... Nueve meses después, el deshollinador se casa con la noble señorita. Ya era tiempo. Tales son las consecuencias de una caridad bien entendida.

—Mi querido Marteau, se ha burlado usted de mí a su gusto.

—No lo crea. Terminó. Habiéndose casado con la señorita Linotte, el deshollinador llegó a ser conde del Papa y se arruinó en las carreras. Ahora es fumista, en la calle de la Gaité, en Montparnasse. Su mujer está en la tienda y vende salamandras a dieciocho francos, pagaderos en ocho meses.

—Mi querido Marteau, eso no tiene gracia.

—Fíjese, mi querido Horteur. Lo que acabo de referirle, es, en el fondo, *La caída de un ángel*, de Lamartine, y *Eloa*, de Alfredo de Vigny. Y, después de todo, vale más que sus historietas lastimosas, que hacen creer a las gentes que son muy buenas cuando no lo son en absoluto, que practican el bien cuando en realidad es todo lo contrario, que ser caritativos es cosa fácil, cuando es lo más difícil del mundo. Mi cuento es moral. Es optimista además y concluye bien. Porque Edmée halló en la tienda de la calle de la Gaité la feli-

cidad que habría buscado en vano en los espectáculos y las fiestas, si se hubiera casado con algún diplomático o algún militar... Mi querido director, ¿quedamos de acuerdo?: acepta usted a *Edmée* o *La caridad bien entendida* para el *Nuevo Siglo ilustrado*?

—Parece que me lo pregunta en serio?

—En serio se lo pregunto. Si no quiere mi cuento, lo publicaré en otra parte.

—En dónde?

—En una hoja burguesa.

—Apostemos a que no.

--Lo verá. ¹

Anatolio France

¹ El *Figaro* de París publicó *Edmée* o *La caridad bien entendida*. Hasta puede afirmarse que el director del citado diario ofreció este opúsculo como regalo de Pascuas a los lectores.

La tierra para todos *

Hoy, lo mismo que ayer, peor que ayer, los hombres se hallan divididos en dos grandes y opuestas agrupaciones: amos y esclavos. Amos, señores de la vida, los que poseen la tierra; esclavos, forjadores de la vida, los que trabajan la tierra que aquellos poseen. Dice Enrique George, uno de los hombres más sabios y santos de nuestra época: «El hombre que posee la tierra *de que yo me alimento* es mi amo, mi dueño, señor absoluto de mi vida, y yo soy su esclavo, irremediabilmente.»

Y en otra parte dice: «sin la tierra, el hombre no puede cumplir sus funciones, no puede desarrollar sus fuerzas, ni física ni moral ni intelectualmente, porque todas las cosas que sirven para esos fines, provienen directa o indirectamente de la tierra».

Estoy seguro de que la mayoría de nuestros lectores, aunque no sean capaces de

* Del opúsculo *Las nuevas ideas*. Amberes, 1912.

razonar filosóficamente sobre esta doctrina, comprenden, adivinan, sienten que esta es la verdad; que la tierra es un elemento de Dios, una fuente *de vida* que *El* nos ha dado para que, mediante nuestro trabajo, obten-gamos de ella todos los bienes terrenales.

Qué haremos, entonces, para que la tie-rra vuelva a ser *de todos*? Qué haremos para que todo aquel que necesite o desee vivir de la tierra, pueda hacer efectivo este indiscu-tible derecho suyo?

Y más concretamente, ¿qué haremos no-sotros, los salvadoreños, para que aquí en nuestra pequeña patria se realice esa tras-cendental reforma? Qué haremos para que, buenamente, en familia, sin violentar a na-die, sin daño para nadie, se opere o se ini-cie siquiera esa hermosa y cristiana tras-formación, que haría de cada habitante de este país un hombre libre, dueño de su propio destino, capaz de ser feliz y de hacer felices a los suyos?

Pretendo yo que esta pregunta tiene una respuesta; pretendo que ese problema es de sencilla resolución, si hay voluntad de resolverlo. Pretendo que si los salvadore-ños no estamos demasiado pervertidos; si todavía nos tenemos algún amor; si todavía nos consideramos hijos de una misma pa-tria; si no somos una horda de explotado-

res, ansiosos de chupar cada uno la sangre de los otros, convertida en oro; en fin, si todavía subsisten aquí alguna caridad y alguna justicia, podemos, repito, hallar la solución deseada: libertar la tierra y con ella libertarnos nosotros.

* * *

Somos en este país un millón de habitantes, y disponemos de mucho dinero entre todos. Por ejemplo, solo en la Lotería del Hospicio gastamos mensualmente *cuarenta mil pesos*, es decir, casi medio millón de pesos al año. Según cálculos moderados, don Juan Cagliero¹ llevó de este país doscientos mil pesos, sin contar lo que gastamos en festejarle. Tiramos a la calle cada año, en vinos, joyas, perfumes y otras cosas de mero lujo, sumas enormes, y eso no solamente los ricos, sino también los de medianos recursos. Hasta entre la gente que vive de su trabajo diario, como artesanos, sirvientes, planchadoras, etc., no falta alguna vez con qué hacer un pequeño derroche.

Pues bien, si queremos gastar nuestro dinero con juicio; si queremos destinar una pequeña, muy pequeña parte de nuestras

¹ Ministro del Vaticano en estos países de Centro América.

riquezas a libertar la tierra, convertiremos esta patriecita en un edén y al mismo tiempo habremos dado a los demás pueblos el espectáculo admirable, el ejemplo maravilloso de una modesta y casi ignorada nación, resolviendo pacíficamente uno de los problemas más difíciles y temibles que la edad presente ha planteado a todos los pueblos civilizados.

Porque, y conviene tenerlo presente, este problema de emancipar la tierra habrá de resolverse, inevitablemente, de una manera o de otra, conforme a la justicia y a la razón. Es una cosa justa, necesaria y urgente, y nadie ni nada podrá impedir que se convierta en un hecho.

A este problema le ha llegado su hora, y nosotros, todos los hombres, habremos de estudiarlo y de resolverlo, de grado o por fuerza, con sonrisas o con lágrimas; pues tal como lo afirma el profeta Isaías, el que no quiera oír la voz de Dios, sentirá el peso de su mano.

Por qué hemos de preferir la vía dolorosa y las catástrofes, pudiendo seguir una senda florecida y de regocijos?

Si cada uno de nosotros quiere contribuir cada año *con un real*, tendremos anualmente un millón de reales, o sean *ciento veinticinco mil pesos*.

Un real sería el *mínimum* de la contribución. Todo el que quisiera, y serían muchos por supuesto, darían dos reales, tres reales, cuatro reales y aun más cada año.

Destinaríamos el excedente de la contribución mínima, es decir, lo que sobra de ciento veinticinco mil pesos, a gastos de administración y a otros de que hablaré más adelante, y los ciento veinticinco mil pesos a comprar terrenos incultos o cultivados ligeramente, y hasta pequeñas fincas de cultivos estables, si alguna vez se ofrecían a precio moderado. Preferiremos, naturalmente, los terrenos incultos.

Haremos de esos terrenos lotes para familias, a razón de dos o tres manzanas por cada persona, según sean la fertilidad y demás condiciones del terreno. Así es que para una familia de tres personas, haríamos un lote de diez, once, doce, trece, catorce o quince manzanas.

En buena tierra y con los procedimientos de la agricultura intensiva, una manzana de terreno puede alimentar a cinco personas; pero como nosotros estamos en el a. b. c. de la agricultura, y además debemos prever el aumento de las familias, calcularemos a dos o tres manzanas por cabeza. De esa manera, una familia compuesta de tres personas, que reciba un lote de seis a

nueve manzanas, no sufrirá estrecheces ni le faltará tierra para cultivar, aun cuando llegue a tener ocho personas, que es entre nosotros el límite ordinario de las familias numerosas.

* * *

A pesar de que el terreno ha sido ya muy acaparado, todavía se puede conseguir bastante a cien pesos manzana, poco más o menos. Así es que con *cien mil pesos* anuales podemos comprar cien lotes de terreno de *a diez manzanas cada lote*, por término medio. Como hemos calculado el producto de la contribución mínima en ciento veinticinco mil pesos anuales, todavía nos queda un sobrante considerable, al cual le encontraremos en seguida, necesaria y provechosa aplicación.

Cuando nos falte aquí terreno barato, nos extenderemos sobre Honduras, comprando siempre las tierras más cercanas a nosotros.

Quiere decir, pues, que en cada año podemos redimir *cien familias*. Cien familias, o sean, más o menos, seiscientas personas sustraídas a la miseria, seiscientos esclavos convertidos en hombres libres; no en ricos, pero sí en hombres capaces de vivir con tranquilidad, que no se desvelarán esta noche pensando en que mañana no tienen pa-

ra desayunarse. Estas familias no estarán obligadas, como ahora muchas, a dispersarse, yéndose cada uno por su lado en busca del pan, sino que podrán formar verdaderos hogares, más o menos felices, según su actividad, su honradez, su economía y su previsión.

A la familia que reciba un lote, no le impondremos sino tres condiciones:

1ª Que cultive la tierra que se le ha adjudicado. Si la abandona, o si deja de cultivarla mucho tiempo, esa tierra vuelve al poder de la Asociación.

2ª Que pague a la Asociación como arrendamiento del terreno, un *cinco por ciento anual* sobre el valor del lote. Si este ha costado, por ejemplo, *quinientos pesos*, el arrendamiento anual será de veinticinco pesos; suma insignificante, si la comparamos con las que ahora se pagan por arrendamientos.

3ª Que no podrá *nunca* vender su lote, ni transmitirlo por herencia. Esto, para evitar que la tierra liberada vuelva jamás a constituir un monopolio.

En caso de muerte del colono, su hijo mayor, su viuda, o el que venga a quedar como cabeza de la familia, adquiere el derecho de seguir cultivando el mismo lote, y éste solo podrá ser adjudicado a otros, si la

familia que actualmente lo cultiva renuncia voluntariamente a su posesión, o si lo abandona.

Al recibir un colono el lote de tierra que se le ha adjudicado, entra, pues, en posesión permanente del mismo, y por ningún motivo se le podrá retirar, fuera de la indicada razón de abandonar la tierra o de no cultivarla en mucho tiempo.

Como el trabajo agrícola es tan penoso cuando se comienza, especialmente para aquellos que nunca han trabajado la tierra; y como ésta no produce inmediatamente, dispensaremos a todos los arrendatarios de pagar arrendamiento ninguno durante los dos primeros años; salvo que hubieran recibido como lote una finca ya hecha y en plena producción.

Además, cuando un colono carezca absolutamente de recursos para empezar los trabajos, o no tenga con qué hacerse de las herramientas necesarias, o le falte con qué trasladarse a su lote, situado en un lugar lejano, la Asociación le dará en préstamo una pequeña suma, *cien a doscientos pesos*, por ejemplo, sin interés ninguno. Esta suma será devuelta a los dos años, y garantizada con los productos de la finca.

Tenemos la certeza más firme de que, en condiciones semejantes, sólo rehusarán

aceptar la vida agrícola aquellos que no tengan ninguna vocación por la agricultura; aquellos que han escogido como profesión la de vivir a costa de los demás, y aquellos que enfermos de cuerpo o de espíritu, se hallen incapacitados de libertarse, y tengan, a su pesar, que seguir atados al yugo de un empleo o de un oficio malsano.

Qué favorables serían, en efecto, esas condiciones, comparadas con las que ordinariamente rodeaban a los colonos ingleses que iniciaron el cultivo en las tierras desoladas del Oeste americano! Provistos de escasas herramientas y de un fusil, se iban, solos muchas veces, a desmontar en pleno bosque, combatiendo a hachazos los árboles gigantes, labrando los robustos troncos para improvisar una cabaña, resueltos y tenaces contra las fieras, la intemperie, la soledad y el hambre! Pero llevaban consigo el poderoso talismán que hace a los hombres invencibles: el deseo, la necesidad de ser libres.

* * *

Esta reforma en que ha de interesarse la Nación entera no puede hacerse ni entre cuatro personas ni en cuatro días. Necesita tiempo, adeptos convencidos y entusiastas,

estudio minucioso, propaganda suficiente; a fin de que nadie quede en el país sin idea clara de la reforma intentada y de los medios escogidos para efectuarla.

Pero, como la mayor parte de los salvadoreños no saben o no acostumbran leer, será necesario, ante todo, organizar una vasta propaganda verbal que se extienda por todas las ciudades, pueblos y caseríos. En conferencias, en pláticas, y mejor que todo en conversaciones familiares, en las escuelas, en las casas, en los caminos, en toda ocasión y a toda hora, habrá que decirles a los artesanos, a los labriegos, a los jornaleros, a todos, la buena nueva de la Tierra Libre, e interesarles para que nos ayuden en la obra común.

Todo hombre, toda mujer que sienta la justicia y comprenda la necesidad de esta reforma: todo aquel que aspire a redimirse y a redimir a sus hermanos, debe ponerse inmediatamente a la tarea de difundir esta doctrina.

Y para ello nadie ha de retraerse porque sea ignorante, porque le falte elocuencia, o porque no tenga posición elevada, o porque carezca de un título; pues *las verdades fundamentales de carácter moral: aquellas verdades cuyo conocimiento y ejercicio determinan la felicidad de los hombres*, duermen en

la conciencia de todos, y cada uno puede despertarlas, si las llama con fe y con amor.

Son estas verdades como el sol, cuya luz y calor acarician a todo el que se exponga a sus rayos, y basta contemplarlas intensamente, es decir, pensar siempre en ellas, para que ellas se nos vayan revelando poco a poco, hasta que las veamos en toda su claridad y su fuerza.

No os preocupe lo que habéis de hablar, decía Jesús a sus discípulos, cuando les enviaba a la conversión de las gentes, pues el Espíritu hablará por vosotros.

Con igual promesa debemos contar lo que propaguemos este evangelio de *la tierra para todos*. La misma verdad, si pensamos en ella con amor y fe, se nos irá mostrando en todos sus detalles, con todos sus matices, con todas sus ramificaciones, hasta que la poseamos totalmente y adquiramos la facultad de hacerla visible, clara y evidente a los demás. Entonces el Espíritu hablará por nosotros.

Alberto Masferrer

Sabias Margaritas en la casa del viejo Fausto

PARÍS, ENERO 22.—La infecunda erotomanía del viejo Fausto, cuando ya su cerebro, en contacto de todas las conquistas de la ciencia, no podía asimilar las conquistas del amor animal, sino por medio de maleficios luciferinos, se hace prolífica en los modernos tiempos; se torna tan fecunda, que no surge el «Homúnculus», el hombre misterioso y sintético del sabio provector, sino la propia vida con cuya prolongación ocúpanse los biólogos del siglo. Y es así como el hombre de los laboratorios, en quien el estudio ha logrado anestesiar de hecho las exaltadas pasiones del genésico instinto, al solicitar la verdad en el misterio de las cosas y la vida, recuerda la belleza, el tiempo glorioso de sus triunfos donjuanescos, y conviene en que, sus burdas manos de hombre no son las más apropiadas para trajinar con los delicados utensilios en sus salones de trabajo; por lo cual solicita en la mujer, en los suaves, delgados y trasparentes lirios femeniles, la gracia y delicadeza para

llevar y traer los más finos aparatos de cristal. Esta es la más decorosa explicación que se pueda intentar acerca de esa plausible *pose* de los maestros: un amparo para los templos de la experimentación, arruinados de continuo por los criados, quienes tratan del mismo modo una balanza que aprecia fracciones del milígramo y un fuerte mortero de cobre, en cuyo fondo canta un resonante y vibrante himno el trabajo. Esta es la teoría más honesta y más admisible para comprender y explicarnos esas compañías, que aparentemente transforman a los ancianos, como por arte de birlibirloque, en tremendos e insufribles galanteadores, y a la mujer—acaso sea la suposición más aceptable,—en la más entusiasta protectora de la ciencia, que tanto le adeuda en nuestra época. Si no, recuérdense ejemplos de ayer. Es en compañía de su esposa, como el malogrado profesor Curie observa que algunos minerales de uranio gozan de más acción sobre el electroscopio que el uranio mismo; es con aquella digna compañera suya, como lanza por las academias y escuelas científicas aquel maravilloso cuerpo llamado *Radio*, cuya existencia redujo el átomo, y la materia en general, a la eterna ley del «eterno derrumbamiento de las cosas». Ahora, la ilustre experimentadora francesa aspira a poseer

un sillón en la Academia de Ciencias. De seguro que el espíritu científico francés no dejará de ser justo y galante en esta ocasión. Pero sus glorias son sólo suyas: el físico eminente se marchó a mundos mejores. Más felices que ella, otras señoras del mundo sabio se enclaustran en los severos salones donde trabajan sus esposos; se hacen ambiciosas de la gloria científica; aguzan en presencia de tanto asunto desconocido sus naturales exaltaciones nerviosas; dirigen sus convenientes histerismos por los senderos de la ciencia, y cuando menos lo pensara el esposo o el compañero de estudios, encuentran plausible y lógica explicación a este o aquel punto de tormento. Se trataba de saber si, así como son de tóxicos los venenos bacterianos para los animales superiores, lo serían igualmente para los infusorios. El profesor Gengou realiza experimentos sobre infusorios ciliados, a los cuales califica después, de inmunes naturalmente. Pero el resultado de los experimentos de Gengou podríase atribuir a la temperatura de la estufa... Entonces, la altísima señora Metchnikoff, que no usa sombreros *chantecler*, odia el corsé y viste faldas amplias que no le impiden caminar, se alimenta con leche agria y vive feliz en el ambiente optimista en que vive su eminente esposo, reflexiona

los trabajos de Gengou, ensaya la acción de las toxinas bacterianas sobre los *Parameciums* del suero sanguíneo de las anguilas —que es muy venenoso,— a una temperatura media, y encuentra que aquel suero tiene un valor tóxico que no es superior al del suero sanguíneo de los demás animales. Sus experimentos sobre la reacción de los leucocitos en presencia de los *bacilos del carbón*, ayudan a su compañero para darle mayor solidez a la doctrina del *Fagocitismo*. Fueron tantas sus vigiliass, tantos sus afanes por ayudar a su esposo, que éste tuvo que agradecerle públicamente la sabia colaboración, dedicándole aquel libro suyo, *Etudes sur la nature humaine*, joya la más brillante de sus talentos como filósofo. Y cree tan útil en su laboratorio la labor femenil el sabio profesor del Instituto Pasteur, que en compañía de su señora, la linda rusa madama Pondwyssotsky demuestra que en la sangre, en la linfa y los exudados del caimán se encuentran las dos grandes variedades de leucocitos. También el honorable Nenki trabaja con la señora Sieber y se atreve a afirmar con ella, que los fermentos solubles tienen una constitución muy aproximada de la estructura de las albúminas. Madame Robinowitsch es la primera en asegurar con Kempner, que los ratones grises,

inoculados con sangre de los ratones blancos atacados por el *Tripanosoma Lewisi*, adquieren inmunización contra los efectos de aquel parásito. La hermosa e ilustre señorita Cattani, y con ella el maestro Tizzoni, sostienen con experimentos de gran valor, un principio establecido por el insigne sabio Ehrlich. Dicen que un conejo macho, vacunado contra la rabia, es capaz de transmitir inmunidad a sus descendientes.

Como estas mujeres, hijas de la sabiduría, muchas otras ahondan en las tinieblas de la vida y de la muerte. Ellas han creído que ninguna evolución más digna del feminismo actual que aquella; ibendita creencia la suya! Tiénense esperanzas en que la tenacidad de las esposas, la virginidad del pensamiento serio de las matronas, ayude poderosamente al hombre, que viene pensando y transmitiendo sus ideas desde los primeros tiempos de la sociedad humana. Y el hombre acaso necesite de esa poderosa ayuda. Cuántas veces el sabio, que de tanto pensar se confunde en el tumulto de sus ideas, encuentra en la sencilla observación de un niño la martirizante solución que le obcecaba!... Y el cerebro de mujer, quizá sea un fresco cerebro de niño con aptitudes para ser de sabio.

Alejandro de Tralles

(Dr. Diego Carbonell)

(De CRÓNICAS Y SILUETAS. I Vol.)